

GEDEON es el periódico de menos circulación de España



GEDEÓN

Ex-Diputado á Cortes por Madrid

SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS JUEVES

DIEZ CENTIMOS el número

ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 23, primero

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.	1,50 pesetas.
Año.	6 —
Provincias y Portugal, trimestre.	2 —
Año.	8 —
Número atrasado.	0,25 —
25 ejemplares.	1,50 —

AÑO IV

Madrid 4 de Mayo de 1898

NÚM 130

EL ANGEL DE LA MALA SOMBRA



LA PAZ DE DON SEGIS

Gedeón se pone serio para asociarse al luto nacional por las gloriosas víctimas del combate de Cavite.

Y si ha habido culpa, dolo ó negligencia, Gedeón sigue serio y más que serio, airado y maldice á quienes hayan sido causa de un sacrificio tan heroico y tan inútil.

Jueves de Gedeón

—¿Qué ruido es ese que suena en la calle, Calínez?
 —El de la gente que va á los toros.
 —Cierra los balcones.
 —¿Por qué he de cerrarlos?
 —Me incomoda ese ruido. Mi alma está llena de tristeza.
 —Razón de más para que los balcones sigan abiertos. ¿Acaso crees que con parapetarnos en esta habitación se aminoraran nuestras desgracias?
 —No lo creo.
 —Pues continúan abiertos los balcones y deja que la gente vaya á los toros, y escucha el rumor de sus pasos. Tolerar que la vida siga su curso. El mundo lo concluye en Cavite. Paz y gloria á los que allí murieron sacrificando heroicamente sus vidas por el honor de la patria, y alza tú la frente como debemos alzarla todos los españoles. Mañana saldrá también el sol.
 —¿Y si nos trae otra desgracia?
 —Paciencia, Gedeón! Conoció a un marinero mercante que había naufragado seis veces. Era un lobo de mar; murió en su cama á los setenta años y de qué crees que murió?
 —¿De reuma por los seis chapuzones de sus seis naufragios?
 —De sarampión, como un diputado de la mayoría. Parecidos á ese marino mercante colijo que somos todos los españoles. ¡No nos matan los naufragios!
 —Pero moriremos de sarampión.
 —¿Es posible! Maxime, si Castelar se encarga de salvarnos. Porque has de saber jeh, Gedeón! que tenemos dos salvadores en puerta, Castelar y Silvela.
 —¿Y el otro Salvador, ó sea D. Amós, dónde se queda?
 —En la cesantía con diecisiete sueldos.
 —Pero eso que me acabas de contar de nuestros dos salvadores presuntos ¿es cierto?
 —Ciertísimo. Silvela nos salva con la monarquía, Castelar con su república. El primero cuenta para detener á los conculcadores del orden social con el general Martínez Campos.
 —¿No hubiese sido mejor que éste hubiera detenido á las negradas insurrectas que se le pasearon en Cuba, de punta á punta de la isla?
 —Mejor hubiera sido, no lo niego, pero ya que no pudo detener aquella ola filibustera, va á detener esta otra revolucionaria, suponiendo que llegue.
 —Vamos, es el coronel Morera del silvelismo.
 —Así parece ¡bonita plaza para un personaje de sus circunstancias!
 —¿Qué quieres, al fin de su carrera ha entrado en orden público.
 —Y Castelar ¿con qué nos salva?
 —No lo sé. Como no sea con su Historia...
 —¿Con su Historia? no tiene en ella más que recuerdos.
 —Pues ahí verás tú, eso dá gran prestigio en nuestro país. Castelar, es al decir de muchos, un estadista insigne, porque se equivocó. En cualquiera otra nación los políticos que se equivocan con grave daño de los patrios intereses, se hundían como por escotillón en la vida privada y permanecen el resto de sus días entregados al cultivo de la literatura ó al de las remolachas. Aquí sucede todo lo contrario: Castelar es un gran político porque tuvo una gran equivocación y Romero Robledo es un político hábil porque se equivoca muy á menudo. Cánovas gozó fama de gobernante insigne por sus insignes desaciertos y Moret dentro de un par de años resurgirá á la vida pública como el mayor estadista de nuestro siglo por su terrible equivocación de la Autonomía. A Weyler le aclama la multitud porque no supo hacer en Cuba lo que se proponía, si es que se proponía algo. Y en suma, Gedeón, si quieres conseguir en España gran prestigio político equivócate á cada instante, siempre que no sea en daño tuyo sino del país, y los periódicos te llamarán estadista insigne y te aclamarán las multitudes. Tu conciencia es posible que te siga diciendo: «¿Tú? ¿Tú eres un pobre hombre!» Pero quien hace caso de la conciencia...
 —Aparte, Calínez; de que ya el adagio lo declara «de sabios es el errar».
 —Cierto, y del pobre país es el soportar las harraduras.
 —De modo, que no crees que nos salve Castelar?
 —Prefiero mil veces la Salve del Buen Suceso. Estoy atrozmente cansado de los grandes oradores de esas tipples ligeras de la política cuyo único mérito estriba en la agilidad de sus gargantas.

Mira á donde nos han llevado las notas picadas de D. Segis. Solo nos faltaba ahora que saliere Castelar haciendo gorgoritos... Basta de florituras, se necesita un hombre.

—¿Pero y dónde encontrarlo?
 —Eso es, dónde encontrarlo?
 —Silvela...
 —No me hables de Silvela; es un picacho muy alto. Tan alto, que siempre tiene la cabeza envuelta en nieblas; sus discursos parecen jergolíficos y sus ideas pentacrósticos. Es el Nov-jarque de la política. Parece una tumba egipcia, muchas figuras jergolíficas en las paredes y una momia en medio.
 —Y Villaverde de embalsamador á la puerta. Bueno, pasemos á otro; Gamazo...
 —Gamazo, gran figura, por lo mucho que calla. Ese hombre tiene un talento inmenso, el de ser mudo. Su biografía está hecha en dos palabras, «presenta las minutas y esconde las ideas».
 —¿Qué envidia le tengo, Gedeón!
 —Si que es de envidiar, Calínez. Desde que llegó al Poder su partido, y á pesar de los terribles problemas que sobre la nación pesan, no ha dado más señal de existencia que una, y fué en un pleito con su cuñado Maura. Discutían como abogados contrarios y ante el Supremo, la valdez de una herencia. y la gente se reía de la terrible lucha forense pensando: «todo se queda en casa!» Dejémosle, pues, en la suya ó en el Colegio de San-to-Mudos preparándose á romper á hablar y manifestarnos sus salvadores pensamientos, cuando ya sea tarde.
 —Mira que si se llevase á la tumba el secreto de que nada tenía que decir, ¡qué hombre más extraordinario! Vaya, sigamos examinando nuestros políticos. ¿Y Salmerón?
 —Salmerón tiene unos hermosos ojos; pero me gustan más los del queso de Gruyere. A ese ilustre republicano, como á los puentes, se le va todo el río por los ojos. Pasan los acontecimientos, pasan las ideas, pasan hasta las riadas por los ojos del puente y el puente siempre lo mismo!
 —Y de los carlistas ¿qué me dices?
 —Que son graciosísimos! Los discursos de Mella me parecen la *Pittá* sin acompañamiento de espuelas ni sables. Los carlistas se han propuesto resucitar el género bufo, el de *Genoveva de Brabante* y la *Gran Duquesa de Gerolstein*, y no pueden ya levantar ni ese muerto.
 —Pero me parece que ahora andan á vueltas con el *Joven Telémaco*, ó sea su príncipe D. Jaime.
 —Es posible; ¿has oído ya el coro de las *suripantás*?
 —Ea, que no encontramos por ninguna parte al hombre que buscábamos!
 —Y sin embargo, él vendrá, Calínez.
 —¿Pero de dónde, Gedeón?
 —Qué sé yo. ¡Del pueblo!
 —Dios te oiga. ¿Pero qué ruido es ese que suena nuevamente en la calle? Voy á asomarme al balcón, si me lo permites...
 —Si, mira, Calínez. ¿Qué es?
 —Nada, el pueblo, que vuelve de la plaza de Toros.
 —Cierra el balcón, Calínez, y haga la Providencia que mañana tengamos prósperas noticias de allende los mares. Recemos por los que pericieron y perezan luchando como héroes en defensa de la bandera de esta infortunada patria, cuyos políticos se equivocan siempre y cuyas muchedumbres van siempre á los toros.

NUESTRO FAROL TRANSPARENTE

Para calmar la impaciencia de la muchedumbre ignara, nuestro colega el *Heraldo* tiene un neñazo de sabans, tiene *El Globo* un pañuelito, tiene *El Progreso* una tabla (y aunque ahora se agarre á ella, para mí que no se salva) y en fin, *El Siglo Futuro* puso ha poco una pizarra para dar gusto á la gentes amigas de armar jaranas y de recoger noticias que resultan *inundadas* G E D E O N, por no ser menos que sus colegas, aciba de poner en sus balcones un farol de infundigramas, que de día no funciona, pero de noche... se apaga. En él publicamos todas las noticias bien *infiadas* y da gusto ver lo pronto que el público se las traga. Para que ustedes se enteren ahí van los infundigramas que en nuestro farol *pondremos* mañana por la mañana.

Hizo al fin don Emilio declaraciones, que á la gente dejaron estupefacta, de que va á tomar... graves resoluciones porque á la opinión juzga suya... y *com-pacta*, y á más tomara varias indigestiones. Va á soltar un discurso de los de *¡papa!* va á hablar de H. rracio y César y aun de Tibulo, va á poner á don Práxedes ¡ah! como chupa de dómine y si hay alguien que diga: Es bula,

veréis si don Emilio no le hace pupa. ¡Qué os habéis figurado? Si á Emilio el grande le tuvimos guardado para zaguero. Veréis qué pelo echamos cuando él nos mande. ¡El, el patricio ilustre del tres de Enero! ¡Ya veréis cuan benéfico, la paz *expanda!* ¡Ya veréis con qué gusto mueve el... sombrero! ¡Don Emilio nos salva! Dichas completas nos aguardan, señores; no hay que apurarse, porque aunque nos quedemos sin dos pesetas, ya veréis si él las gana, con ocuparse... del asunto y pedirselas á los estetas.

Parte oficial del Congreso (ó al menos, semioficial). Un sermón apocalíptico pronuncia don Nicolás, diciendo que, si á él le dejan, también nos puede salvar, como lo hizo *in illo tempore*, con tino tan especial que á poco más nos quedamos sin caapa y sin respirar. Uno que está en la tribuna dice:—Hay un medio *ideal* para que en efecto, al punto nos salve don Nicolás; que le nombren abogado de los yankees ¡y á cobrar! Cada minuta, un crucero; cada vista, un arsenal, ¡No hay *destróyer* más temible que el *destróyer* Nicolás!

Después de hablar Salmerón, alguien á Silvela hurga y éste expone su intención, de ir á la *liquidación*, previa una abundante purga. ¡Ya lo sabes, noble España! Reprime tu justa saña, porque hay gentes decididas á que laves tus heridas con agua de Carabaña. Por algo dice la gente que Silvela es un político *antiherpético, emoliente, laxante antistilítico y muy reconstituyente*.

Mella avanza después con su huestes: que es otro que á España pretende salvar, con olas más grandes que las de don Segis, con voz estentórea con fiero ademán. ¿Dónde he oído yo cosas como estas? Sin duda que ha sido en la plaza Mayor, á un señor que unas hierbas despacha, y que es catalán y se llama Agulló. A Manila, seores valientes, si batiros queréis de verdad; mas, según me temo, queréis ir por tierra, porque os da mareitos el mar.

Romero habla después; y hay quien le escucha que él salvará al país con ayudas de varios: sobre todo, de su bravo y leal Galvez H. Jigún. Este no habla de purgas ni laxantes ni de liquidación, mas con él moriríamos de un cólico cerrado, que es peor. ¡Qué hombre! Siempre lo mismo! ¡Eterno pollo, que aer gallo no pudo conseguir! ¡Y un pollo que no sirve ni aun de gallo se propone salvarnos! Por aquí. (1)

Ultima hora. El banco azul presenta animado aspecto, don Segis está morado, don Práxedes verdinegro, y en el salón de sesiones está oscuro y huele á queso. Entran Gedeón y Calínez y los ovaciona el pueblo. Todo el mundo les invita para formar ministerio, pues aunque resulten malos no serán tanto como *estos*, porque ya no hay *peoria* posible. Gedeón perplejo las garantías contempla que están pendientes del techo, se santigua, hace unos signos al banco azul con los dedos y dice á Calínez: Vamonos que hace falta que quedemos nosotros para contar y esto se hunde por momentos.

LOS MUEBLES DEL GABINETE

Conservemos el buen humor, ya que al Presidente del Consejo no le falta, ni aún en trances como los de ahora tan apurados y desagradables. ¿Cuál crearán los lectores que es la manía del señor Sagasta en los *presentes momentos históricos*? La de la cuestión de confianza. No pasa un día sin que la provoque. Va pareciendo ya este el síntoma de un grave cólico constitucional. Antes se desahogaba D. Práxedes arrojando bilis, ahora provoca cuestiones de confianza. Siquiera

(1) Signo hecho *ad libitum*.

antes no incomodaba á nadie; pero ahora no deja en paz á los prohombres de su partido.

Cuando cualquiera de éstos se halla en su casa más tranquilo y satisfecho, sacando por los dedos de los pies la cuenta de lo que le paga mensualmente la nación suena el timbre del teléfono.

—¿Con quién hablo? ¿Qué ocurre?
—Con Merino, el yerno...
—¡Holal! ¿Qué pasa?
—Que mi papá político quiere que venga usted enseguida.

—¿Pues qué sucede?
—Que va á provocar.
—¿Otra vez?
—Otra vez.

—Pero no provocó ayer y anteayer y el otro día?
—Sí señor; pero va á provocar de nuevo.
—Dígale usted á su papá político y míe que no sea tan desconfiado, que no es prudente zarandear esas cuestiones, que...

—Ya le he dicho todo eso; pero insiste en que venga usted enseguida.

—Bueno, pues voy.

(Se calza las manos y véase.)

Y esto un día sí y otro también. Montero Ríos y Vega Armijo duermen vestidos de etiqueta por si se le ocurre de noche provocar á Sagasta, y como la cosa continúa tendrán que poner en el piso bajo de sus domicilios una campanilla y el letrero siguiente: «Por aquí se piden de noche las opiniones de los presidentes de las Cámaras en las cuestiones de confianza que quiera provocar D. Práxedes.»

¡Es ya mucha manía la de este señor!

Sobre todo en cuanto arrecian las malas noticias ya esta provocando. Sin duda debe tener el Poder en el hígado.

Apenas llegaron á Madrid las fatales nuevas del glorioso desastre de Cavite, D. Práxedes fué y dijo: ¿qué hago ya ante tamaña desventura? Pues provocar otra vez la cuestión de confianza!

¿Por qué ó para qué y en esos angustiosos instantes? pues para imitar sin duda al protagonista del siguiente sucedido:

Regañó la dueña de una casa á un criado suyo porque no había hecho este muy á satisfacción de aquella la limpieza de los muebles del Gabinete.

El doméstico oyó el regaño sin contestar nada, y la cosa quedó así.

Pero hete que á media noche estalla en la casa un incendio formidable. Todos los moradores con la natural angustia se aperceben para sortear los riesgos del siniestro y aminorar las terribles consecuencias de éste.

Y cuando más crecían las llamas y más denso y sofocante era el humo, acercose el doméstico en cuestión á la atribulada dueña de la casa, y la dijo:

«Señora, si usted no está satisfecha de cómo limpio los muebles del Gabinete, puede desde este mismo instante buscar otro criado.»

Cuando hay fuego en una casa ¡oh ilustre don Práxedes! ¿quién se acuerda en ella de la limpieza de los muebles del gabinete?

¡A atajar las llamas, á sofocar el incendio!

No provoque usted más, que es cosa fea, y si los muebles de su Gabinete necesitan pronta limpieza, vaya usted tirándolos por la ventana, que es, después de todo, como se hace la limpieza de los muebles en los incendios.

«¡Eh, los de abajo! ¡Ahí va un ministro!»

Y ya está.

PATRIOTISMO COMERCIAL

Varios señores comerciantes se aprovechan de las circunstancias para llenar los periódicos de reclamos ponderando sus productos.

Bien decía el Sr. Aguilera que en esto del patriotismo suelen introducirse elementos extraños.

Un fabricante de aguardientes se apresura á declarar que su *balarrasa* produce grandes resultados en la guerra.

Otro señor que elabora aceite de hígado de bacalao dice que su producto es «superior en todo á la Emulsión Scott (*yankee*).»

Y por último, un relojero participa á sus consumidores que vende cronómetros tan buenos como los de cierta casa del país enemigo.

Todo lo cual será muy patriótico, pero vale más no decirlo, porque se ve la hilaza, señores anunciantes y señores periódicos con anuncios.

¿Verdad que es mejor el patriotismo puro que con aceite de hígado de bacalao y á tanto la línea?

GEDEÓN MORENO

En la Princesa se verificó el beneficio de la señora Tubau de Palencia, y al mismo tiempo, como es consiguiente, el del Sr. Palencia de Tubau.

Verificarse el beneficio y cerrarse el teatro, fué todo uno.

Se representó la última noche *La corte de Napoleón*, y todos los actores y actrices salieron engalanados con cintas y lazos de los colores nacionales.

Lo cual, tratándose de Napoleón y su corte, no puede ser más ingenioso ni más oportuno.

A la función asistió nuestro ilustre huésped Pierre Loti, á quien ya le han olido el perfume *extraño* al par que penetrante varios diligentísimos *reporters* de nuestra prensa rotativa.

Y como Pierre Loti es persona muy ilustrada, comprendió enseguida la razón de que el *homme au petit chapeau* ostentase en el ojal un lazo encarnado y amarillo.

La cual razón es la misma que tenían los actores malos en tiempos de Fernando VII para arrancarse con un *¡Vivan las caenas!* ó con un *¡Viva la Constitución!* según caían las pesas.

La señora Campos ha sido beneficiada anoche en Apolo, con gran satisfacción suya y del público.

A instancias de éste, la beneficiada hizo varias manifestaciones de entusiasmo nacional, redondeando los períodos con tanta ó mayor perfección que el propio D. Emilio Castelar.

Bien decían los admiradores de la señora Campos:—No hay otra actriz más patriótica.

Por esta afirmación, según se nos asegura, se molestó algún tanto la señora Pino (doña Joaquina), quien dice que es más patriótica ella.

Y la señora Vidal, por su parte, manifiesta que no les va en zaga á ninguna de las dos.

En la función que estamos reseñando, se representó la nueva obra *Toros del Saltillo*.

¡Útil es decir que hizo prodigios la beneficiada, demostrando conocer muy bien las condiciones del ganado.

Han comenzado al mismo tiempo las *soirées fashionables* en el Circo de Parish y en el de la plaza de las Cortes.

Claro es que este último circo le lleva mucha ventaja al primero.

Porque el Gobierno (permitásenos que lo digamos, á pesar de todo) está de lo más *fashionable* que pueden ustedes imaginarse.

En Parish se representa una pantomima titulada *Las bodas de Pierrot*.

En el otro circo, *El entierro de una marionette*.

N. sean ustedes mal pensados: la *marionette* es la autonomía.

En el circo de Colón trabaja un domador, Mr. Mario, que presenta pantaras amaestradas.

Una bonita *ménagerie* que el propio Mr. Mario (D. Emilio) presentará este invierno en el teatro Español, aprovechando la ausencia de los dueños de la casa, señores Guerrero, quienes van á operar sobre América en combinación con la escuadra.

¡Qué de víctimas va á hacer Donato Jiménez en cuanto suelte las andanadas de babor!

..... y armas al hombro

La primera hazaña fué digna de ellos. Entraron de noche, como los ladrones.

Dispararon á mansalva, como los asesinos. Buscaron la sociedad de Aguinaldo y de su pandilla, como el leproso que busca hablar con alguien con tal de dejar su soledad asquerosa.

Y acaso la sangre se les suba á la cabeza á esos vampiros.

Por de pronto ya han agarrado el cable. Se figuran sin duda que cogiéndole bien, pueden tirar de Europa como de un carrito.

Los de abajo y los de arriba:
«Los empleados del Congreso han acordado contribuir mensualmente con un día de haber mientras dure la guerra con los Estados Unidos.»

Perfectamente.
Y á los diputados ¿cuándo les llega su hora?

Porque se dijo que iban á dar 5.000 pesetas por barba.

Mas sin duda han tomado un acuerdo no menos patriótico.

Que no se hable de Miles.

Varios acreedores de la Diputación han escrito al Sr. España cediendo sus créditos á beneficio de la suscripción nacional.

Con razón dicen que ésta obtiene mucho éxito en el extranjero.

Ya empiezan á inscribirse los ingleses.

Pero ¡por Dios! que no se ponga de moda el sistema.

Porque si todos damos en entregar á guisa de donativo los créditos incobrables y las partidas fallidas, no van á saber que limpiarse con tanto pagaré los señores de la junta patriótica.

Dice *La Correspondencia*:
«Vemos con satisfacción que la inmensa mayoría de la prensa se va adhiriendo á la iniciativa que tomamos sobre este asunto, pidiendo resueltamente la expulsión de los correspondientes extranjeros.»

GEDEÓN también se adhiere para eso con su pluma y con la punta de su zapato.

Pero hay que comprender las cosas. ¿Quién sabe si esos correspondientes tienen tan decidido fervor por España, que desean morir aquí!

—¿Qué lees ahí, Gedeón?
—Pues nada; un telegrama particular de la Habana, el cual refiere que al acercarse á Cienfuegos los tres buques norteamericanos que intentaron un bombardeo, hicieron algunas maniobras y sondeos, sin duda para evitar los bajos que en aquella costa son peligrosos.

—¿Los bajos? ¿No son ellos mismo?
—Te engañas; los yanquis no son bajos.

—Pues ¿qué son?
—Típles, hombre, típles.

Visitás:
«Terminado ayer el Consejo de ministros en la Presidencia, los generales Correa y Bermejo pidieron la venia á la reina, y de paisano, como estaban, se dirigieron á Palacio.»

De paisano los dos.
Hay cosas que parecen avisos de la Providencia.

Preparativos:
«Hay ya reconcentrados en Tampa 10.000 hombres y un millar de mulos.»

Bueno; pues cuenta redonda:
11.000 yanquis.
Y que dispensen los mulos.

Por ahora, nada:
«Si los acontecimientos lo exigen, se dictarán las órdenes relativas para poner sobre las armas alguna reserva.»

A nuestros políticos les ocurre con Cuba español. lo lo que al cosechero con la cuba de Jerez.
Lo guardan todo para mejor ocasión.

El Sr. Castelar no intervino ayer en la discusión del Mensaje, porque, según parece, la distribución de turnos no se acomodaba á las especiales circunstancias, sin cuya concurrencia el ilustre tribuno no puede hacer uso de la palabra.

Esas circunstancias son las siguientes:
Que hayan sonado las cinco de la tarde y que el sol en su escaño le dé por detrás.

Como el Sr. Castelar padece hace tiempo de los ojos, comprendemos perfectamente que el eminente orador, á modo de Josué invertido, se sustraiga para pelear parlamentariamente á la nociva fuerza del sol.

Los *yankees* han cortado el cable de Manila. Y después lo han amarrado á uno de sus buques. No comprendo la operación.
Será la nostalgia del grillete.

Pero lo que al Gobierno nuestro preocupa es que se ha quedado sin saber noticias de Filipinas.
¡Oh, Gobierno purísimo!

Pero no tan puro como el agua pura y cristalina. No sabe.
Pero huele.

Merced á una proposición que firma en primer término D. Francisco Silvela, el nombre de D. Antonio Cánovas será inscrito en una lápida del salón de sesiones del Congreso.

La proposición del jefe de Villaverde y Rancés termina con el siguiente laudatorio párrafo del difunto, cuya memoria se trata de enaltecer:
«Nadie sobrepujó á D. Antonio Cánovas en vida ni en muerte.»

Vivo fué el mejor de los vivos; muerto es el mejor de los muertos.

F. Silvela
Grandemente nos emociona este póstumo tributo que rinde el Sr. Silvela al Sr. Cánovas... ¡al ponerlo en una piedra!

Telegrama de Cuba:
«Capitán general á ministro Guerra: Seis y media tarde de ayer intentaron desembarco en playa Herradura, un acorazado y tres barcos más pequeños.»

Me figuro el diálogo que sostendrían los yanquis con el piloto:
—Diga usted ¿cómo se llama esa playa?
—Herradura.

—¡Oh, júbilo! ¿cómo ha dicho usted?
—Herradura.

—Pues aquí si que vamos á sentar el pie.

COLECCIONES DE "GEDEÓN,"

Se hallan de venta en la Administración de este periódico, Fuencarral, 23, 1.º

Precios, sin rebaja

Años 1895 y 1896, unidos en un tomo; en rústica, 8 pesetas; en pasta, 9 pesetas.

Año 1897: en rústica, 7 pesetas; en pasta, 8 pesetas.

Imp. de EL ENANO, Arco de Santa María, 8.

EL CERDO ALEGRE

Ha producido inmensa alegría en Nueva York la noticia del bombardeo de Matanzas.

Aguardase la llegada de la escuadra volante, que traerá triunfalmente á Mac Kinley el primer trofeo de guerra: un mulo muerto.

Delirante júbilo ha producido en el Gobierno y en las Cámaras de Washington la noticia de que el almirante Sampson no se marea.

El destroyer *Cushing*, lastimosamente agujereado por la cañonera *Ligera* en la costa de Cárdenas va á ser puesto en capota por suscripción nacional abierta entre los confiteros de Nueva York.

Todos los navieros de la gran República han ofrecido sus cascos al ministro de Marina, á razón de cuatro por barba.

Tal entusiasmo producen en Washington las noticias de la guerra, que los regimientos completos se han sublevado como un solo cobarde.

Para justificar su actitud, dicen que no la han tomado frente al enemigo, sino precisamente de espaldas.

Todos los dentistas norteamericanos se han ofrecido á Mac Kinley, para la extracción gratuita del acorazado que embarrancó en la costa de Pinar del Río.

El Consejo de ministros reunido en la Casa Blanca, ha tomado el patriótico acuerdo de celebrar todos los triunfos de la escuadra con doble ración de salvado, remolacha y desperdicios de patata.

El comodoro que manda la escuadra volante va á ser ascendido de comodoro á inodoro. Varios de sus admiradores le regalaban las insignias, de hermosa porcelana.

Lo único que temen los soldados del futuro ejército de ocupación es la epidemia de Juba.

Por eso, muchos de ellos, se aperciben á aclimatarse.

En la puerta de las tabernas no se ve más que soldados, marinos y milicianos con el vómito negro ó lo más oscuro posible.

En vista de las dificultades que ofrece el bloqueo de Cuba, hay el temor de que el almirante se quede calvo, de gracia que para Sampson sería tremenda é irreparable.

Mac Kinley, no cesa de preguntarle con mucho interés por el pelo.

NO NOS JAGA USTÉ REIR.....



NUEVO DICCIONARIO de la Real Academia gedeónica

(No confundirla con la de enfrente)

(CONTINUACIÓN)

ARRANCAR.—A ver si lo hacemos de una vez, señor Barnejo.

ARRANCIARSE.—Lo que les va á suceder á los yankees delante de Cuba.

ARRANQUE.—Lo estamos esperando de un momento á otro.

ARRAPIERO.—Nombre cariñoso con el cual designa el Sr. Sagasta á varios diputados de la mayoría, dándoles un tironcito de orejas.

ARRASADO.—Situación actual del precioso edificio de la autonomía.

ARRASTALDERO.—Puerta por donde habrán de salir, de una manera ó de otra, los ministros insulares.

ARRASTRADO.—El porvenir que le espera á Mac Kinley, en cuanto sus súbditos se convenzan de que no pega.

¡ARRE!—Voz de mando muy usual en el ejército yankee.

ARREBATADO.—Lo contrario del señor ministro de Marina.

ARREBOR.—Vocablo, muy en uso entre los oradores rípidos: oigase al Sr. López Muñoz, de la mayoría.

ARREDILAR.—Meter en rediles: ocupación casi única del Sr. Ruiz y Capdepón.

ARREDO.—Nueva frase del Sr. Silvela, excampeón de la moralidad: *Arredo, Rodríguez San Pedro*.

ARREGLÁRSELAS.—La única ciencia que ha poseído siempre D. Práxedes, y ya verán ustedes si sabe arreglárselas ahora también.

ARREGUITO.—Por lo que se parece el Sr. Linares Rivas, que ahora se dedica á discursar á última hora, con objeto de echar á la gente del Congreso y de que le oiga á solas cierta tapada, que no falta en la tribuna de su casa.

ARREMANCARSE.—Lo que dicen que va á hacer Castelar con objeto de satisfacer á los muchos compromisos que le están saliendo en estos días. Ya verán ustedes cómo habla para que vuelvan á entrar en juego los hombres del 69.

ARREO.—Uniforme militar en los Estados Unidos. **ARREPENTIDAS.**—Clausura ó convento donde tendrán que recogerse Mac Kinley y los autores, cómplices y encubridores de la autonomía, si no van á otro sitio peor, que todo pudiera ser.

ARREQUIVE.—De lo que no entiende el nuevo y latífero orador de la mayoría, Sr. Ortega, á pesar de lo cual se mete en dibú.

ARRESTADO.—Ya debieran estarlo todos los corresponsales yankees que andan oliendo en donde se guisa.

EL RESERVA... ¡DEL ORDEN SOCIAL!

DOS DE MAYO DE 1898



¡¡NO IMPORTA!!